

gracia, dice en su solicitud, os ha sido siempre afecto, os ha servido varios años con fidelidad, ha sido herido en tal ó cual batalla, defendiendo vuestra persona. Por otra parte, su padre fué uno de vuestros mejores servidores. » En una palabra, se enumeran los títulos todos, que parecen dar derecho al favor que se reclama. Pero aquí ; qué diferencia ! No se dice á nuestro divino Salvador : « Lázaro, que os ama tanto, y que os ha recibido en su casa de Betania, ese Lázaro, vuestro discípulo adicto, que por vos derramaría hasta la última gota de su sangre, está enfermo, venid á sanarle ; su familia, que os es afecta, tiene derecho á algun favor de parte vuestra. » No ; se emplean estas palabras solas : « *El que amas está enfermo.* » ; Cuán magnífica es esta súplica ! ; O Jesús, todo cuanto hemos hecho en favor vuestro es nada, únicamente vuestra bondad y el amor que teneis á nuestro hermano, pueden determinaros á sanarle. » ; Humilde demanda ! ; O Jesús ! la habeis oido favorablemente, resucitando al hermano de estas dos hermanas, que os habían tan humildemente rogado !... O divino Salvador, con este mismo espíritu de humildad y de fé queremos en adelante dirigiros nuestras plegarias ; O bondadoso Jesús ! Aquellos que amais están enfermos, aquellas almas, por cuya salvación habeis bajado sobre la tierra, aquellas almas que habeis querido hasta derramar vuestra sangre por ellas, no, no se apoyan en su propia virtud, ni en sus méritos para imploraros, sino en vuestro nombre bendito y en el amor que las teneis.

Haced, pues, que en adelante nuestras oraciones sean unidas con las vuestras y apoyadas en vuestro nombre sagrado, al cual vuestro padre no puede rehusar nada ; que le invoquemos siempre en nuestros ruegos y súplicas ; que en vos y por vos pidamos acá en la tierra todas las gracias, que necesitamos, á fin de que un día en vos y por vos, seamos coronados en el cielo. Amen.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

PARA EL DOMINGO EN LA OCTAVA DE ASCENSION.

(JUAN, XV, 26-27 ; XVI, 4-5.)

Influencia del Espíritu Santo sobre nuestra voluntad.

TEXTO. *Cum autem venerit Paraclitus... testimonium perhibebit de me* : Cuando viniere el Consolador... Él dará testimonio de mí.

EXORDIO. Hermanos míos, representémonos al padre mas tierno. Hélo aquí obligado á alejarse de sus hijos ; él prevé el dolor que les causará su ausencia ; sabe que tendrán mucho que sufrir por parte de algunos hombres injustos !... ; Qué hará ! Procurará consolarles de su separación, animándoles y fortificándoles sobre todo contra las adversidades y desdichas que van á sobrevenirles. « Yo me voy, hijos míos, les diré, pero luego recibiréis noticias de mí ; un mensajero, que será como yo mismo, vendrá de mi parte á iluminaros y dirigiros en medio de las dificultades, que os esperan... »

Esto es, hermanos míos, lo que hace nuestro divino Salvador en el Evangelio de este día. Este relato es aun una parte del discurso, que este buen Maestro dirigía á sus discípulos por la tarde del Jueves Santo durante las pocas horas, que separaron la institución de la Santa Eucaristía de su agonía en el huerto de los Olivas. « Acordaos, les habla dicho, que no es el discípulo mayor que su Maestro ; si á mi me han perseguido, tambien á vosotros perseguirán. Pero cuando el Consolador, el cual os enviaré de parte de mi Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, viniere, él os dará testimonio de mí ; y vosotros tambien me daréis testimonio, porque estaís conmigo desde el principio. Os he dicho estas cosas, á fin de que no os escandalizeis. Os echarán de las sinagogas, y viene la hora en que cualquiera que os mate, pensará, que hace servicio á Dios. Y estas cosas os harán,

porque no conocen al Padre ni á mí, y os digo esto, para que cuando aquella hora viniere, os acordeis, que yo os lo había dicho. »

PROPOSICIÓN. Al poner este relato evangélico en él mismo domingo, que precede á la fiesta de Pentecostes, sin duda alguna, hermanos míos, tiene por objeto la Iglesia disponernos bien á la celebración de esta solemnidad y á la venida del Espíritu Santo en nuestras almas. Entraré pues tambien en este pensamiento. Asi me propongo demostraros el testimonio, que el Espíritu Santo debe dar de Jesucristo en nuestros pensamientos, en nuestros actos y en toda nuestra conducta. Pero no, este asunto sería demasiado vasto, insistiré sobre todo en la influencia que Él ha de ejercer sobre nuestra voluntad.

DIVISIÓN. Para moveros á prepararos bien á la venida del Espíritu Santo en nuestras almas en el día de Pentecostes, examinaremos *en primer lugar* : lo que es nuestra voluntad, cuando ya no es dirigida por el Espíritu Santo; y *en segundo lugar* : como élla se transforma, cuando este Espíritu la guía y la conduce. Dichoso sería, sí, por medio de las pocas reflexiones, que quiero haceros, os inspirara el deseo de prepararos á celebrar piadosamente la fiesta de Pentecostes.

Primera parte. Lo que es nuestra voluntad, cuando no es dirigida por el Espíritu Santo... Veamos, hermanos míos; vosotros todos los que me escucháis, ciertamente no sois impíos, y á pesar de éello, ¿ no se encuentran muchos entre vosotros, que están muy lejos de ser cristianos fieles y fervorosos? ¿ De qué depende esto?... Yo os lo pregunto, reflexionad; sabéis daros bien á vosotros mismos la razon de esta indiferencia, por la que descuidais ciertos deberes esenciales? Esta razon es la siguiente : Es nuestra voluntad que no obedece á las inspiraciones del Espíritu Santo, y que por su infidelidad rehusa dar testimonio á Jesucristo.

Hay en nosotros, hermanos míos, dos facultades, dos dones íntimamente unidos : el juicio y la voluntad. Si me atreviese, compararía estas dos facultades á un casamiento; y diría : el juicio es el esposo, él debe imperar, la voluntad es la esposa, élla

debe obedecer. Pues bien, la presencia del Espíritu santo en nuestras almas ilumina nuestro juicio, y da á nuestra voluntad mas rectitud y mejor disposición. Pero, ya lo sabéis, amados hermanos míos, se halla á veces de estas uniones mal acertadas, en las cuales el órden establecido por Dios no siempre se observa. A veces una mujer imperiosa quiere dominar á su esposo, gobernarle, dirigirle, y casi siempre le dirige mal. Uno de los mas perversos príncipes, que reinaron, se llamaba Acab. Sin embargo no era malo por su naturaleza, á menudo tenía algunas veleidades de hacer el bien; su conciencia á veces tenía repugnancia al mal, y la justicia no habia perdido todos sus derechos sobre su corazón... Desgradaciamente se dejó gobernar por su mujer Jezabel, un monstruo de impiedad, que no retrocedía ante ningun crimen, para conseguir sus intentos. Por eso dice de él la Santa Escritura : *No hubo hombre alguno, cuya malicia fuese igual á la de Acab, el cual parecia vendido para hacer el mal delante el Señor; pues estaba empujado á esto por Jezabel, su esposa*¹. Pues bien, hermanos míos, este desórden existe á menudo en el alma. Nuestra voluntad se complace en el vicio; por eso deprava, corrompe, y oscurece nuestro juicio... Decidme : si habéis jamás concebido algunas dudas contra las verdades de nuestra santa religion, ¿ no ha sido despues de ciertas caidas? ; no ha sido á consecuencia de malos hábitos contraidos? No quería ya vuestra voluntad hacer el bien, y á pesar de las reclamaciones de vuestra conciencia, ha empujado vuestro juicio y vuestra inteligencia á rechazar la verdad!... Sí, cristianos, hácese uno incrédulo é impío, porque es vicioso y culpable...

Y, en efecto, hermanos míos, para convertir la mayor parte de los incrédulos, bastaría volver á traer su voluntad al bien. Supongamos, que estais enfermos, enseguida mandais venir á un médico : « Doctor, le decís, desde algunos días no me siento bien, tengo terrible dolor de cabeza, en este mismo momento me parece que todo gira en este cuarto á mi rededor. ¿ Son vértigos? — Sí,

1. III Reyes, XXI, 25.

amigo mío, responde el doctor. — Además no puedo ya dormir, estoy muy agitado; por otra parte, si no tuviera dolor de cabeza, me encontraría bien. — Tened cuidado, Señor mío, replica el médico, esta enfermedad es muy peligrosa y necesita pronto remedio. Es menester desde luego purgar el estómago. — ¡El estómago!... Pero solamente de la cabeza me siento mal y no del estómago. — Mire vd. señor mío, que la enfermedad está en el interior, y las dolores de cabeza no son sino una señal, un síntoma. — Pero pensaba, prosigue el enfermo, que, aplicándome ciertos perfumes y poniendo algunas compresas sobre mi frente, me bastaría esto. — De ningún modo, caro amigo, y si queréis curar, dejadme atacar el mal en su raíz¹... » Apliquemos, hermanos míos, esta comparación. ¿Queréis no tener ya más de estas dudas é incertidumbres, que, semejantes á unos verdugos, vienen á atormentar vuestro espíritu? Quereis que las verdades de la religión se os presenten tan claras como en el día de vuestra primera comunión, y que vuestra fé sea tan viva como entonces? Pues, renunciad á tal ó cual mala costumbre, mortificad esa avaricia, que es causa de que profaneis el santo día del Domingo, evitad esas peligrosas ocasiones, en las cuales habeis tantas veces sucumbido; en una palabra, haced que vuestra voluntad sea recta, justa, santa, y estad seguros de que recobraréis la fé, y vuestro espíritu quedará sano.

Segunda parte. Pero, ¿quién, hermanos míos, dará á nuestra voluntad la fuerza necesaria, para resistir á tantas seducciones, que la arrastran hacia al mal, y para vencer los obstáculos, que la desvían del bien?... Sólo vos, ó Espíritu Santo, Espíritu de fortaleza y de verdad, sólo vos podéis sanar á esta pobre herida, derramando en nuestros corazones la caridad y el amor de Dios. Ved, pues, amados oyentes, como sin el socorro del Espíritu divino, sin estas gracias especiales que comunica á las almas, que le ruegan y solicitan su asistencia, no podemos nada. ¿Y no lo hemos muchas veces experimentado?... No hemos hecho dema-

1. Cf. S. Leonardo de Puerto Mauricio, *Sermo sobre la fé.*

siado á menudo la triste experiencia de nuestra flaqueza? ¿De donde vienen, decidme, las mas graves caídas, que hemos tenido en el curso de nuestra vida? No es porque hemos descuidado la oración y olvidado llamar al Espíritu Santo á nuestro socorro?...

Representaos un hombre ignorante en el arte de nadar á la orilla de un rio ancho, profundo y rápido. ¿Cómo podrá éste alcanzar la orilla opuesta?... Si trata de cruzar el rio, ¿no es cierto que será sumergido? Pero hé aquí que una nave viene á su encuentro, un piloto hábil la dirige; sube en esta navecilla, y cruza sin accidente este rio peligroso; ¡Pues bien! nuestra voluntad aislada, sola, abandonada á sí misma, es este pobre viajante; este rio rápido y hondo es la imágen de este mundo y de los peligros, que nos presenta; es, si lo quereis, la imágen de nuestra vida sobre la tierra y de las tentaciones todas, que la acompañan! Solos y desprovistos de socorro, es seguro, que perecerémos. Pero la gracia de Dios ayudándonos, es como una navecilla que nos sobrelleva; más aun, es la guía, es el piloto, que ha de conducirnos á la orilla opuesta, es decir, á la vida eterna. Esta voluntad tan débil, la cual, abandonada á sí misma, oscurecía nuestra inteligencia y aminoraba la fé en nosotros, ah! la veis, como desde el momento que está fortalecida y guiada por el Espíritu Santo, contribuye élla á desarrollar en nuestra inteligencia las luces de la fé y el conocimiento de las cosas divinas!...

Cuántos ejemplos podríamos citaros! Penetremos juntos en las soledades del Egipto. Hé aquí á san Antonio, venerable anciano, sin letras, ni estudios de ninguna clase; pero el Espíritu Santo, ha derramado el amor de Dios en su corazón. Pasa las noches orando, vigila con gran cuidado sobre los pensamientos de su alma y sobre los actos de su voluntad. Para recompensarle de su fidelidad, le ha fortalecido el Espíritu divino contra las tentaciones. En vano, oh Satanás, te disfrazas de mil maneras para asustarle é inducirle al mal; ¡vanos esfuerzos! él será tu vencedor... Pero considerad, tambien como esta tan fiel voluntad proporciona al Santo luces y conocimientos sublimes!

Los doctores más ilustres van á consultarle. Habiéndose susci-

tado una herejía terrible, este solitario, ignorante en las ciencias humanas, abandona su desierto, recorre las calles de Alejandria y confunde con admirable manera los sofismas del error! Vosotras, doncellas, escuchad otro ejemplo, él de vuestra santa patrona. Piadosa, modesta, viviendo aislada Santa Catalina supo desde la más tierna edad, y á pesar de todas las seducciones de la juventud, conservar su corazón y voluntad fieles á las leyes del Señor. Se la arresta, se la prende y condena como cristiana á morir por su fé. Pero antes de derramar su sangre había élla confundido toda la ciencia y refutado todos los argumentos de los doctores paganos mas instruidos... Noble doncella, ¿quién, pues, os habia comunicado esta sublime elocuencia y estas brillantes claridades sobre nuestros divinos misterios? Era, hermanos míos, era el Espíritu Santo, quien, para recompensar la fidelidad de su voluntad, había derramado, como á torrentes, sus luces en la sublime inteligencia de la santa.

Sin duda, hermanos míos, no pretendemos merecer y obtener tales favores. Pero he querido citaros esos ejemplos, que podría multiplicar, para mostraros, como la voluntad purificada, fortalecida por el Espíritu Santo y cumpliendo fielmente la ley de Dios, contribuye á afirmar la fé en nosotros y á iluminar nuestro juicio sobre los misterios y las verdades de nuestra santa religión. Si pues, deseamos que nuestra fé sea mas viva, que los ejercicios de piedad nos sean mas dulces y que el cumplimiento de nuestros deberes sea para nosotros más fácil, esforcémonos en reglar bien nuestra voluntad. La inteligencia, es verdad, tiene una gran influencia sobre nuestros actos, pero no es ménos verdad que nuestra voluntad ejerce aun muchas veces una poderosa influencia sobre nuestros pensamientos y creencias...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, habría podido mostraros el testimonio, que este Espíritu da á nuestro divino Salvador en nuestras almas, á quienes ilumina por medio de la fé, por los dones de inteligencia, de consejo, de sabiduría; pero he preferido hablaros del testimonio, que ha de dar en nuestras voluntades por medio de la fidelidad y del don de fortaleza. ¡ Ah! hermanos míos, lo

que nos falta es quizás más aun la fortaleza para obrar, que la inteligencia para creer... Nuestra voluntad es débil, tiembla ante el respeto humano, teme los esfuerzos que debemos hacer, para cumplir con nuestros deberes y triunfar de nuestras pasiones... Élla rehusa la lucha, y cual barca abandonada, se deja llevar á merced de la corriente, que ha de conducirla al abismo... O Espíritu divino, venid, pues, á gobernarla vos mismo, venid á llenar nuestros corazones y á abrasarlos con el fuego de vuestro amor. Durante estos días, que preceden al aniversario de vuestra bajada sobre los Apóstoles, hacednos la merced de pensar en nosotros, de suspirar hacia vos, de comprender bien la necesidad que tenemos de vuestra venida; purificad en nosotros lo que está manchado, sanad lo que está enfermo. Pero sobre todo, ó Espíritu de fortaleza, en estos tiempos de desfallecimiento, en que tantas almas no se atreven á afirmar su fé, y la esconden en lo más recóndito de sí mismas, como un tesoro inútil, concedednos el don de fortaleza, á fin de que nuestra voluntad fortalecida, triunfando del respeto humano y de otros tantos obstáculos, que se alzan ante élla, sepa mostrarse fiel en el cumplimiento de todos nuestros deberes. Ojalá que, con el socorro de vuestra gracia, no nos avergoncemos jamás de nuestra fé, y sepamos dar testimonio á Jesucristo por medio de nuestros actos, y merecer así que en el día del juicio este adorable Salvador nos reconozca por sus discípulos y nos acoja ante su Padre. Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO PENTECOSTES.

(JUAN, XIV, 23-31).

Espíritu Santo, espíritu de fortaleza y mansedumbre.

TEXTO. *Paraclitus autem Spiritus Sanctus... vos docebit omnia.* El